

¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?

Una historia de las mujeres y la economía

KATRINE MARÇAL

Traducción de
Elda García-Posada

DEBATE

es bueno para los ricos y poderosos, casi siempre resulta también bueno para la economía. Mientras tanto, la ciencia económica se ha vuelto cada vez más abstracta: hogares ficticios, empresas ficticias y mercados ficticios. Todo basado en el hombre económico.

Los economistas han puesto cada vez más interés en tratar de aplicar sus modelos a todo, desde los orgasmos hasta el racismo, y cada vez menos en estudiar cómo funcionan los auténticos mercados.

Mientras tanto, los problemas económicos que preocupaban a Keynes están lejos de resolverse. En muchos casos, además, se han vuelto invisibles.

Puesto que todos somos individuos racionales, los problemas de raza, clase y género se presentan como irrelevantes. Todos somos libres. Como la mujer del Congo que accede a mantener relaciones sexuales con miembros de la milicia a cambio de tres latas de conservas. O la mujer que en Chile trabaja recolectando fruta a pesar de que los insecticidas a que está expuesta producirán trastornos neurológicos en los niños que dará a luz dos años más tarde. O la mujer marroquí que, al empezar a trabajar en una fábrica, debe obligar a su hija mayor a abandonar la escuela para cuidar de sus hermanos. Estas mujeres tienen siempre un control absoluto sobre las consecuencias de sus acciones. Siempre toman la mejor decisión posible.

Decir que se es libre es solo otra forma de expresar que no se tiene nada que perder.

Los economistas están convencidos de entender las causas más profundas de la conducta humana. Sus críticos apenas arañan la superficie; basta con remover bien entre los datos para que estos revelen la verdad: todo es el hombre económico.

Una lógica. Un mundo. Una forma de ser. ¿Dónde están los lirios del campo?

En el que añadimos las mujeres a la mezcla y agitamos

«Tengo los cojones más grandes de todo el edificio», solía gritar desde su escritorio Judith Regan.¹ Esta, a la sazón un tiburón del mundo editorial, se había convertido ya en una de las empresarias más temidas de Estados Unidos.

«Estamos empezando a convertirnos en los hombres que antes buscábamos como maridos», exclamaba triunfalmente el movimiento feminista en los años setenta.²

De manera que las mujeres pasaron de querer tener un hombre a querer lo que los hombres tenían. A pesar del avance que esto implicaba, el proyecto aún giraba en torno al mismo contenido: los hombres.

«¡Lo hemos conseguido!», exclamaba la revista *The Economist* en la portada de su primer número del año 2010. Las mujeres habían superado a los hombres y conformaban ya la mayoría de los licenciados universitarios en los países de la OCDE. En los países más ricos, hay más mujeres que nunca en el mercado de trabajo, incluso ocupando puestos directivos en las empresas que antes las trataban como ciudadanos de segunda clase.

Pero la propia noción de una carrera profesional a tiempo completo todavía se apoya en la idea de contar con un servicio doméstico a tiempo completo. Hoy en día, las mujeres han de trabajar a tiempo completo, pero la ayuda doméstica a tiempo completo solo está disponible para aquellas que pueden permitírselo. ¿Quién limpia en casa de la limpiadora? ¿Quién cuida a la niña de la niñera? Estas no son solo preguntas retóricas, sino cuestiones para las

que únicamente puede hallarse respuesta siguiendo la complicada red de atención que envuelve a la economía global.

Hoy en día, más de la mitad de los inmigrantes del mundo son mujeres. En algunos países la proporción asciende a entre el 80 y el 90 por ciento.³ Sus vidas consisten en largas jornadas de trabajo a cambio de bajos salarios, ejerciendo un trabajo duro, aislado y no regulado. A menudo viven en el lugar donde trabajan, que es la casa de otra persona. Son parte de la familia, pero no acaban de serlo del todo.

La calidad de su trabajo dependerá en gran medida de las relaciones que logren forjar. Si se apegan a la familia a la que sirven, serán mejores niñeras. Los niños van a verlas más a menudo que a sus propias madres y, sobre todo, más que a sus padres. En algunos casos, les cogerán mucho cariño. Pero el que una empleada doméstica se apegue afectivamente a la familia para la que trabaja le pondrá las cosas más difíciles cuando llegue la hora de renegociar el salario y las condiciones laborales. Será casi imposible separar los roles. ¿Trabaja por interés propio, por amor o por ambas cosas? Les tiene tanto afecto a los niños que, ¿cómo va a despedirse así, sin más, cómo van a arreglárselas sin ella? El empleador a menudo se considera legitimado a aprovecharse de esa confusión.

Si la niñera hace muy mal su trabajo, malo; pero si lo hace muy bien, malo también. Si los niños se encariñan con ella más que con papá y mamá, eso a estos no les sentará nada bien. La carrera de niñera es un difícil acto de equilibrio, y, por tanto, está destinada a durar poco.

La jornada media de las empleadas domésticas en Estados Unidos es de catorce horas y a muchas no se les permite salir de la casa sin permiso, de acuerdo con un estudio realizado por Human Rights Watch.⁴ El acoso verbal, físico y sexual es frecuente, pero rara vez se denuncia. A ello se añade que a menudo la trabajadora se encuentra en el país ilegalmente, con el consiguiente miedo a ser deportada. Vive en una constante inquietud, causada sobre todo por los hijos que ha dejado en la otra punta del planeta.

Ese es uno de los lados de la ecuación.

El otro es que las empleadas domésticas filipinas que trabajan en Hong Kong ganan tanto como un médico varón en la Filipinas rural.⁵ Y que las niñeras que emigran a Italia para trabajar tienen un salario entre siete y quince veces más alto de lo que podrían ganar en sus países de origen. ¿Son víctimas? Si es así, ¿en comparación con quién?

De esta manera, se mantienen a ellas mismas y a su familia. Eso les otorga poder frente a sus padres y a sus ex maridos. Poder y libertad. El dinero que las mujeres migrantes envían a casa contribuye más a la economía de muchos países que la suma de la ayuda internacional y las inversiones extranjeras.⁶ En Filipinas representa el 10 por ciento del PIB.

Por otro lado, si el salario por hora de una limpiadora no sigue siendo considerablemente inferior al de la persona que de otra manera se ocuparía de la limpieza (la mujer en la familia occidental), ya no compensará contratar ayuda doméstica. La situación, en otras palabras, implica la perpetuación de la desigualdad entre las mujeres.

Al entrar en el mercado de trabajo remunerado, la mujer ha podido pagar para librarse de gran parte de las tareas domésticas. No le quedaba más remedio; si se quiere hacer carrera, es preciso colgar la vida familiar en la puerta al llegar a la oficina. Tiempo para rendir, tiempo para ser egoísta.

El mercado laboral aún se define en gran medida por la idea de que los seres humanos son individuos sin cuerpo, sin sexo, sin familia o entorno, que solo buscan maximizar su propio beneficio. La mujer puede elegir entre ser uno de estos individuos o ser su contrario: el elemento invisible y sacrificado que se necesita para equilibrar la ecuación.

Y a menudo son las circunstancias las que toman esta decisión por ella.

La economista feminista Marilyn Waring se dedicó a observar el trabajo no remunerado realizado por una mujer joven en el Bajo

Veld de Zimbabue.⁷ Se despierta a las cuatro de la madrugada para llevar un cubo de agua hasta el pozo, que se halla a once kilómetros. Tres horas más tarde, está de vuelta en casa con el agua. Se pone entonces a recoger leña, lavar los platos, preparar el almuerzo, volver a lavar los platos y recolectar verduras. Tras ello, va a buscar agua por segunda vez, hace la cena, acuesta a los hermanos pequeños y termina su jornada de trabajo a las nueve de la noche. Según los modelos económicos estándar, esta joven es un sujeto improductivo, que no trabaja ni contribuye activamente a la economía.

Picar la carne, poner la mesa, secar los platos, vestir a los niños, conducir hasta la escuela, separar la basura, quitar el polvo de las ventanas, clasificar la ropa sucia, planchar las sábanas, reparar el cortacésped, ir a por gasolina para el coche, recoger los libros de estudio y los juguetes, contestar el teléfono, pasar la aspiradora por el pasillo, ayudar a los niños a hacer los deberes, fregar el suelo, barrer las escaleras, hacer las camas, pagar las facturas, limpiar el lavabo y acostar a los niños: el principal argumento para no incluir el trabajo doméstico en el PIB suele ser que no tiene relevancia; las tareas del hogar siempre serán las mismas en una sociedad. Pero ¿cómo pueden los economistas saber esto si nunca lo incluyen en sus estadísticas?

Se estima que una mujer en nuestro mundo emplea algo más de las dos terceras partes de su jornada en el trabajo no remunerado; los hombres, en cambio, una cuarta parte.⁸ En los países en desarrollo con gran peso del sector agrícola, la diferencia es aún mayor. En Nepal, las mujeres trabajan veintiuna horas más a la semana que los hombres. En la India, alrededor de doce. En algunas partes de Asia y África, donde a menudo los hombres emigran a las ciudades, las mujeres se quedan en el campo, donde, sin ayuda de los hombres ni del Estado, tienen que hacer frente a la triple carga de un empleo, el trabajo doméstico y las faenas agrícolas.

Los economistas suelen bromear diciendo que si un hombre se casa con su ama de llaves, el PIB del país disminuye. Si, por el contrario, envía a su madre a una residencia de ancianos, aumenta de

nuevo. El chiste, además de decir mucho acerca de la percepción de los roles de género que impera entre los economistas, también muestra como el mismo tipo de trabajo se puede computar o no como parte del PIB.

Cuando las mujeres casadas accedieron al mercado laboral, comenzaron a dedicar más tiempo a la clase de trabajo que se computa (el trabajo fuera del hogar) y menos tiempo al tipo de trabajo que no se computa (el trabajo doméstico). Esto provocó un aumento vertiginoso del PIB en el mundo occidental. Pero ¿es real este incremento? Dado que nadie se había molestado en cuantificar el trabajo doméstico, puede ser que hayamos sobrevalorado el aumento real de la riqueza.⁹ Ciertamente que las lavadoras, los microondas y los robots de cocina han hecho que el trabajo doméstico requiera menos tiempo, de manera que la diferencia acaso no sea tan grande. Pero la idea es que no lo sabemos.

Si se quiere tener una visión de conjunto de la economía, no se puede ignorar lo que la mitad de la población hace la mitad del tiempo.

Las tareas domésticas no son ni más ni menos difíciles de cuantificar que mucho de lo que se incluye en el PIB. Por ejemplo, nos esforzamos mucho en calcular el valor de los alimentos que un agricultor produce en su tierra pero no pone a la venta. Con el trabajo de casa no hacemos el mismo esfuerzo. El trabajo de las mujeres es un recurso natural que no consideramos que deba tenerse en cuenta. Porque se supone que siempre estará ahí. Se considera una infraestructura invisible e indeleble.

La agencia nacional de estadística de Canadá trató de cuantificar el valor del trabajo no remunerado; concluyó que este suponía entre el 30,6 y el 41,4 por ciento del PIB.¹⁰ La primera cifra es el resultado de calcular lo que costaría reemplazar el trabajo no remunerado por un servicio doméstico pagado. La otra se basa en valorar lo que ganaría una persona si dedicara a un trabajo remunerado el tiempo que ahora emplea en las tareas del hogar.

Sea cual sea el método, la suma es enorme.

Para prosperar económicamente, una sociedad debe tener gente, conocimientos y confianza; recursos que en gran medida se producen mediante el trabajo doméstico no remunerado. Los niños felices y saludables son la base de todas las formas de desarrollo positivo; y el económico no es una excepción. El hombre económico, sin embargo, no tiene ni una infancia ni un entorno; crece de la tierra como si fuera una seta. Cuando se da por hecho que todas las personas son como él, una gran parte de la economía se vuelve imposible de ver.

En la práctica, es una manera de excluir a las mujeres.

Para defender la idea de que el hombre económico es universal, debe introducirse a la mujer en el modelo bajo el presupuesto de que es igual que él. Adelante, aquí tienes los mismos derechos y la misma libertad para competir en el mercado. ¡Sal y cómete el mundo!

Por eso la mujer tiene que demostrar su valía en un mercado laboral que en esencia sigue configurado según las necesidades de los hombres. Adentrarse en un marco creado por los hombres y para los hombres; a partir de una realidad que excluye a las mujeres. Y esto crea problemas.

No basta con añadir las mujeres a la mezcla y agitar.¹¹

En 1957 Betty Friedan, que a la sazón tenía treinta y seis años y era madre de dos hijos, envió un cuestionario a sus antiguas compañeras de clase.¹² Habían pasado quince años desde que se licenciara en el Smith College, una universidad femenina de élite, y la mayoría de las ex alumnas estaban, al igual que Friedan, completamente absorbidas por el hogar y los hijos. Pero Friedan también trabajaba como escritora *free lance*, ya que la habían despedido de su empleo como periodista al quedarse embarazada. Antes del reencuentro con sus compañeras de clase, quería averiguar cómo valoraban sus vidas y quizá escribir un artículo al respecto.

Betty Friedan incluyó algunas preguntas de carácter psicológico y envió el cuestionario. Las respuestas fueron impactantes. La mayoría de estas mujeres que en teoría lo tenían todo, eran en rea-

lidad profundamente infelices. Un sentimiento de infelicidad que tenían completamente reprimido, al ser considerado tabú.

Ansiedad, frustración sexual, desesperanza y depresión; las emociones reales que embargaban a estas amas de casa reales contrastaban profundamente con la imagen que los medios daban de mujeres felices en felices barrios de las afueras. Se trataba del Estados Unidos de la posguerra; el de la carrera espacial, el crecimiento vertiginoso y los niños sonrientes a la puerta del garaje. Friedan no sabía cómo definir su descubrimiento. No había ningún idioma adecuado para describirlo, así que empezó a llamarlo «el problema sin nombre».

Insatisfechas, confundidas, enganchadas a los tranquilizantes, desorientadas por el psicoanálisis e ignoradas por la sociedad; así eran las amas de casa reales. Friedan escribió un artículo que ningún periódico quiso publicar, de manera que al final no tuvo otra opción que ampliar el material para convertirlo en un libro.

En 1963, *La mística de la feminidad* fue publicado en Estados Unidos. Betty Friedan describía cómo las mujeres de clase media alta lloraban en sus almohadas, confinadas en idílicas casas de las afueras. Cómo la idea de que la vida consistía en pescar a un hombre, retener a ese marido, tener hijos y dejar a un lado las necesidades propias las iba carcomiendo lentamente desde las entrañas. Cómo se trataba de un ideal que había que tragarse junto con píldoras milagrosas para poder digerirlo. Cómo a las mujeres las engañaban para convencerse de que eran cosas pequeñas y delicadas hechas para la vida doméstica, la crianza de los niños y el consumo. Si querían algo más, entonces era culpa suya; que se tomaran una píldora, tuvieran una aventura o se compraran una lavadora. El libro vendió más de dos millones de ejemplares y «apretó el gatillo de la historia», como dijo el escritor estadounidense Alvin Toffler.¹³

Los límites de lo que las mujeres podían lograr, ser, pensar y decir fueron demolidos en el transcurso de una sola generación. Sucedió tan rápido que la revolución parecía haber terminado antes de que las facciones opuestas hubieran siquiera tenido tiempo

de tomar forma. Hoy en día, vemos con fascinación a Peggy, Joan y Betty en la serie de televisión estadounidense *Mad Men*, una agencia de publicidad del Nueva York de principios de los años sesenta, donde se ignora, se cosifica y se trata como invisibles a las mujeres en un mundo aparentemente invencible de hombres blancos autosuficientes que, mientras fuman como carreteros, contemplan su propio reflejo en sus colegas y en sus vasos siempre llenos de whisky. ¿De verdad el mercado laboral se parecía a esta imagen hace solo cincuenta y tantos años?

Pero, a pesar de los increíbles avances del movimiento feminista, no parece que hayamos conseguido inculcar una alta autoestima a nuestras hijas. Hoy en día, en las escuelas las niñas obtienen mejores resultados que los niños, pero se sienten mucho peor. La depresión se ha convertido en una enfermedad femenina, causada por la sensación de no valer lo suficiente, de no tener la capacidad suficiente, de no estar a la altura. Es una llovizna constante de miedos irracionales. No son solo las enfermeras las que sienten ese agotamiento físico y mental. Incluso las mujeres con altos salarios en el sector privado se desmoronan con mayor facilidad que sus homólogos masculinos y se cogen largas bajas por enfermedad. Incluso en los estados del bienestar escandinavos, a pesar de que se supone que las oportunidades para conciliar la vida familiar y la laboral son mejores allí que en cualquier otro lugar del mundo.

Nos referimos a la «conciliación de la vida laboral y la familiar» como si se tratara de un concepto construido en torno a la idea de que la esfera privada está netamente separada de la esfera pública. Uno puede desplazarse entre ellas, pero ¿puede cambiarlas?

Las mujeres siguen luchando por acceder en pie de igualdad al mundo del hombre económico. Deben esforzarse más para demostrar que están comprometidas con el trabajo, para combatir la idea preconcebida de que su lugar está en casa. Al mismo tiempo, se las juzga en función de su capacidad para mantener en orden el hogar y la familia y para hacerlo de un modo que los hombres son incapaces de afrontar. El conflicto resultante entre la vida laboral y la familiar se nos describe como un asunto que atañe a la mujer. Es

su responsabilidad resolverlo. Sé más firme y enérgica en el trabajo, reduce tu jornada laboral, encuentra la pareja adecuada, organízate mejor, simplifica tu vida, vacía y ordena tu bolso, practica más yoga... ¡y no te olvides de echarle un vistazo al reloj!

Se la anima a ver su cuerpo no como una parte consustancial de lo que significa ser humano, sino como una amenazadora bomba de fertilidad preparada para estallar justo cuando está a punto de ser ascendida en el trabajo.

Es entonces cuando sale a la luz lo que es: una mujer.

Durante la maternidad todo entra en conflicto. Las esferas pública y privada, que deben mantenerse separadas, de repente se fusionan. No puede dejar en casa su barriga de embarazada, junto con el resto de su yo privado. Tiene que llevar algo de su hogar al mundo del trabajo remunerado y regresar de nuevo a él. Tiene que llevarse a sí misma. Más de lo que es.

Es algo que ni ella ni el mundo del trabajo remunerado pueden sobrellevar.

El hombre económico no tiene pechos que rezuman leche u hormonas. No tiene un cuerpo.

Ningún bebé le ha vomitado nunca encima. Ninguno lo hará jamás.

Los estudios muestran como, desde los años setenta del siglo pasado, las mujeres de Occidente tienen la percepción de haberse vuelto más desgraciadas.¹⁴ No importa su procedencia social, su estado civil, su nivel de ingresos y gastos, su país de residencia o si tiene o no hijos; la mujer occidental prototípica (con la excepción de las mujeres afroamericanas de Estados Unidos) está menos satisfecha con la vida. Los hombres, por otro lado, son cada vez más felices. Tal vez sea fruto de la igualdad de género. Tal vez estemos midiendo la felicidad a partir de factores erróneos. O tal vez ese tipo de cosas no se puedan medir. Aunque tales estudios han sido puestos en tela de juicio, muchas mujeres se reconocen en los resultados que han arrojado.

Dicen que Ginger Rogers era capaz de hacer lo mismo que Fred Astaire, con la particularidad de que lo hacía hacia atrás y con

tacones altos. Y eso es lo que las mujeres siguen haciendo. La mujer ha entrado en el mercado de trabajo, pero el hombre no ha entrado en la casa en la misma medida. Nuestras ideas sobre los límites entre la vida laboral y la familiar tampoco han experimentado un cambio profundo. Intentamos encajar las dos piezas del rompecabezas de manera diferente en lugar de crear algo nuevo, una mejor forma de vida. Parece haber una falta espantosa de alternativas en la realidad en que tomamos nuestras decisiones.

Hemos creado una generación de mujeres increíblemente duras consigo mismas. Hoy en día muchas de ellas no necesitan ejecutivos de agencias de publicidad que las miren como si fueran inútiles. Se ven a sí mismas de esta manera, incluso si son ahora los ejecutivos de la empresa.

Gloria Steinem dijo en una ocasión que el feminismo no pretendía que las mujeres cogieran un pedazo más grande del pastel; el feminismo tenía la intención de hornear un nuevo pastel.

Pero del dicho al hecho hay un trecho. Añadimos las mujeres a la mezcla y agitamos. Toda una generación de mujeres ha interpretado la proclama «Puedes ser cualquier cosa que te propongas» como «Tienes que llegar a serlo todo; de lo contrario, eres inútil».

Medio siglo después de que Betty Friedan escribiera *La mística de la feminidad*, nos hemos topado con un nuevo «problema sin nombre». La feminista Naomi Wolf afirma que hemos fracasado a la hora de dar a nuestras hijas una definición de éxito que simplemente les deje ser en lugar de «tener», «hacer», «conseguir», «ganar».

¡Haz más! ¡Hazlo mejor! ¡Vence a la competencia! El hombre económico se convirtió en el ideal al que la mujer debía aspirar. La liberación de la mujer, tal y como se definió en Occidente, pasó a ser un conjunto de metas que alcanzar en lugar de haber supuesto un aumento de la libertad.

Incluida la libertad de simplemente ser.

No hace falta tener los cojones más grandes del edificio. Ni siquiera hace falta tener cojones; incluso si eres mujer.

En el que Las Vegas y Wall Street confluyen

Si estás intentando derribar con un cañón antiaéreo un avión que sobrevuela tu posición, no te servirá de mucho apuntar al lugar exacto en el que se encuentra la aeronave en ese momento. Durante el intervalo de tiempo entre el disparo del cañón y el momento en que el proyectil alcanza el avión, este ya se ha desplazado. Lo que has de hacer, en cambio, es apuntar al punto en que el avión estará unos instantes después. Eso es algo que también sabe el piloto; el cual, por tanto, procura volar siguiendo un rumbo tan impredecible como sea posible.

Derecha. Izquierda. Izquierda. Derecha.

Quien dispara el cañón puede a su vez oscilar entre la derecha y la izquierda. Si el arma antiaérea dispara en la misma dirección hacia la que el piloto decide virar... ¡pum! El piloto es hombre muerto. Si, por el contrario, dispara en otra dirección, el piloto saldrá ileso.

La mejor manera de pilotar es, pues, hacer virar la aeronave de forma azarosa e impredecible de derecha a izquierda. Y la mejor manera de apuntar con el cañón antiaéreo es hacer lo mismo. Tan pronto como el piloto reconozca un determinado patrón en la ráfaga de disparos, podrá aumentar sus probabilidades de escapar. Lo mismo vale, por supuesto, a la inversa; si el que maneja el cañón antiaéreo descubre que el piloto tiende a volar hacia la izquierda, tendrá más probabilidades de dar en el blanco.

El matemático John von Neumann analizó en 1944 la escena anterior como un juego de suma cero entre dos jugadores.¹ Da igual